

Capítulo 6. Carta N° 6.



Usted encuentra, querida y severa juez, que mis cartas delatan demasiado la alegría que me produce el hablar de todas estas pequeñeces eróticas. Es una observación correcta. Pero no está en mi mano cambiarlo, yo me alegro y no puedo ocultar mi alegría; si no, podría reventar.

Cuando uno se ha encerrado por mucho tiempo en un cuarto mal iluminado, estrecho, agobiante, solamente por miedo a que los hombres allá fuera le podrían a uno reñir o reírse de él, y luego sale a la libertad y nota que nadie se ocupa de él, a lo sumo alguien lo mira un momento y sigue luego tranquilamente su camino, entonces se puede comprender que este hombre se vuelva loco de alegría.

Como usted sabe, yo era el más pequeño de la familia; pero usted no tiene idea de lo guasona y burlona que era esta familia. Bastaba con decir una tontería para que no lo dejaran a uno en paz por años enteros; y es comprensible que en una familia con muchos hermanos y mucha diferencia de edad sea el pequeño el que más tonterías dice. Entonces me acostumbé a no expresar mis opiniones; las reprimía.

Por favor, tome literalmente la expresión. Lo que se reprime no desaparece, únicamente que no permanece en su lugar. Es empujado a algún otro sitio donde no se le reconocen sus derechos, donde se siente oprimido y pospuesto. Está siempre de puntillas, lucha con todas sus fuerzas para colocarse hacia delante, al lugar que le pertenece, en el momento en que ve el menor resquicio. Es posible que tenga éxito, pero cuando llega a su sitio ha perdido ya todas sus fuerzas y el menor empujón lo echa de nuevo hacia atrás. La situación es verdaderamente desagradable, y usted puede imaginarse los saltos de alegría que dará un ser reprimido, empujado, magullado, cuando, por fin, encuentra la libertad. Tenga usted paciencia. Todavía unas pocas cartas eufóricas más y este ser ebrio se comportará de una manera tan sobria, quieta y cumplida como se pueda ver en un escrito serio y bien pensando de cualquier psicólogo profesional. Aunque, claro, las vestiduras ya han quedado maltrechas por los apretones, se ve la piel por todas partes, y no siempre limpia, y un extraño olor a masa lo empaña por doquier. Pero, de contrapartida, él ha tenido sus vivencias y tiene algo que contar.

Antes de que le deje comenzar la narración tengo que aclarar rápidamente algunas expresiones que voy a utilizar aquí y allá. No se preocupe usted, no voy a dar definiciones, ni lo podría, dada mi empedernida manera intuitiva de hablar. Lo mismo que he hecho con la palabra “reprimir” lo voy a intentar con “símbolo” y “asociación”.

Le escribí ya una vez que es difícil hablar sobre el Ello. En relación con él, todas las palabras y conceptos se vuelven difusos, pues, por naturaleza, está llevado a implicar en cada denominación, es más, en cada acción, toda una serie de símbolos y a tratar ideas de otros campos, a asociar, de modo que lo que resulta muy sencillo a la inteligencia es muy complicado para el Ello. Para el Ello no hay conceptos claramente delimitados, más bien trabaja con complejos enteros de ideas, con complejos que se originan a través del imperativo a la formación de símbolos y a la asociación.

Para que no se me espante usted voy a explicarle con un ejemplo lo que entiendo por imperativo a la formación de símbolos y a la asociación. El símbolo del matrimonio es la sortija, pero son muy pocos los que saben con claridad por qué este pequeño aro es expresión de la comunidad matrimonial. El dicho de que el anillo es una cadena, o que significa el amor eterno, sin principio ni fin, permite sacar conclusiones sobre el estado de ánimo o la experiencia de aquellos que así hablan, pero no aclarar el fenómeno de por qué poderes desconocidos eligieron precisamente un anillo para dar a conocer el estado de casado. Si partimos, sin embargo, del hecho de que el sentido del matrimonio es la fidelidad sexual, entonces resulta fácil la interpretación. El anillo representa los genitales femeninos, mientras que el dedo hace las veces del órgano

masculino. El anillo no puede llevarlo ningún otro dedo humano a no ser el del varón con quien la mujer está casada; es, por consiguiente, la expresión del voto de que jamás pasará otro órgano sexual por el anillo de la mujer que no sea el del propio marido.

La asimilación del anillo al órgano femenino y del dedo al masculino no es algo arbitrario, sino más bien impuesto por el Ello, y cualquiera puede demostrarlo en sí mismo y en otros observando cómo los hombres juegan con el anillo y el dedo. Bajo el influjo de unas sensaciones determinadas y fácil de adivinar de dónde provienen, sensaciones que las más de las veces no entran de lleno en el campo de la conciencia, comienza el juego, comienza ese mover el anillo para arriba y para abajo, ese darle vueltas, etcétera. En los diferentes derroteros que puede tomar una conversación, al oír y al pronunciar determinadas palabras, al contemplar cuadros, hombres, objetos, en todas las percepciones de los sentidos se llevan a cabo acciones que a la vez nos descubren procesos internos ocultos y demuestran hasta la saciedad que el hombre no sabe lo que hace, que un inconsciente le obliga a darse a conocer por medio de símbolos, y que estos símbolos no nacen de la actividad intelectual, sino que son productos del desconocido Ello. Pues, ¿qué persona iba a llevar a cabo intencionadamente movimientos delante de otras que delatasen su excitación sexual, que expusiesen a la observación pública el siempre tan cuidadosamente ocultado acto masturbatorio? Y, sin embargo, hasta aquellos que conocen la simbología juegan también con el anillo, no pueden menos sino jugar. Los símbolos no se inventan, están ahí, pertenecen al patrimonio no enajenable del hombre. Hasta se puede decir que todo pensamiento y toda acción no son más que una consecuencia ineludible de ese simbolizar inconsciente, que el hombre es vivido por el símbolo.

Tan humanamente inevitable como el simbolizar es el imperativo a asociar, que, en el fondo, es la misma cosa, pues, asociando, lo que se hace es ensartar símbolos unos con otros. Ya del arriba mencionado juego con el anillo se deduce que la simbolización inconsciente del anillo y del dedo como mujer y hombre, respectivamente, impone una representación del coito que salta a la vista. Y si seguimos los oscuros caminos que conducen a la semiconsciente percepción de una impresión a la acción de subir y bajar el anillo, entonces resulta que cruzan determinadas ideas por nuestra cabeza que tienen la propiedad de repetirse en otros individuos en otros casos. Tienen lugar asociaciones de carácter necesario. También la utilización simbólica del anillo como signo del matrimonio tiene su origen no en una asociación arbitraria, sino necesaria. Relaciones de profundo arraigo entre el juego con el anillo y antiquísimas representaciones y costumbres religiosas a la vez que con importantes complejos de la vida personal aparecen en el momento en que nos ponemos a considerar estas cosas, y nos obligan a renunciar a toda ilusión de planificación autócrata y a seguir humildemente los enredados senderos de la asociación. Muy pronto nos damos cuenta de que las concepciones de la sortija matrimonial que la consideran como una cadena o como una alianza sin principio ni fin responden a depresiones anímicas o excitaciones románticas, que se nutren del patrimonio común de asociaciones y símbolos y esto con necesidad.

Este imperativo a asociar lo encontramos por todas partes y a cada paso. Basta con abrir los ojos y los oídos. Se imponen contra viento y marea. Y en esta expresión ya tenemos una necesidad. La palabra “viento” exige, en la expresión, la de “marea”. Haga usted un pequeño recorrido por el lenguaje: se encontrará, por ejemplo, con amor y odio, alegrías y penas, pitos y flautas, hecho y pecho, vida y muerte, aquí y allá, arriba y abajo, reír y llorar, miedo y terror, sol y luna, cielo e infierno. Las ocurrencias se precipitan unas encima de otras, y si usted reflexiona sobre ello le parecerá como si, de repente, todo el edificio del lenguaje estuviera delante de usted, como si, emergiendo de la niebla, se fuesen formando ante sus ojos columnas, fachadas, techos, torres, puertas, ventanas, paredes. Se le conmueve a usted lo más íntimo, lo inconcebible se le aproxima y, casi, le ahoga.

¡Rápido, querida; rápido, pasa! No podemos detenernos. Tenga usted en cuenta, por ejemplo, cómo ese imperativo a asociar se vale del ritmo, o de la aliteración, o de consecuencias afectivas. -En todos los lenguajes del mundo empieza el nombre del progenitor con el despreciable sonido P; el de la progenitora, con el aprobativo M.- También trabaja a menudo con la contraposición, pues toda cosa tiene su contrario; y esto no debería nadie olvidarlo, pues existe, si no, el peligro de creer que se dan de verdad un amor eterno, una fidelidad a toda prueba, una estima incommovible. Las asociaciones también mienten de vez en cuando. Pero la vida no puede entenderse sin la conciencia del condicionamiento de todos sus fenómenos por sus opuestos.

No es fácil encontrar asociaciones que tengan validez en todas partes y en todas las circunstancias, pues la vida es variopinta y en la elección de asociaciones están implicados el hombre individual y el estado en que ocasionalmente se encuentren. Pero se puede muy bien, por ejemplo, admitir que la sensación de que hay corriente, en tanto que es desagradable, evoca necesariamente la idea de cerrar la ventana; que, al notar que el aire del cuarto está gastado, a cualquiera le viene el deseo de abrir la ventana; que al ver un trozo de jamón entre dos rebanadas de pan viene a la mente la palabra bocadillo. Y cuando uno ve beber a otro, le empieza a rondar también a él por la cabeza el pensamiento de si no debería igualmente beber. La sabiduría popular, arrastrada a menudo a conclusiones basadas en una absurda lógica y en un sinnúmero de observaciones a medio entender, resume este profundo misterio de la asociación en el rudo aforismo: cuando uno mea, a todos les da la idea, y cuando uno caga, a todos les da la gana. Y ahora deténgase usted un momento y trate de comprender que infinita porción de vida humana, humana cultura y desarrollo se halla escondida en el hecho de que, por ignotos motivos, a partir de esos miles y miles de meadas se ha llegado a construir un puente de asociación con el mar, hasta que se impusieron los viajes en barco, hasta que el mástil se constituyó en símbolo de la fuerza viril y el rítmico movimiento de los remos hacia pensar en el del amor. O trate usted de seguir el camino que pasa por la erección, la elevación de pesos pesados, esa sensación de verse suspendido y flotar que da el supremo placer, el chorro de orina o de semen que hiende el aire y va hasta el Eros alado o el dios de la muerte, hasta la creencia en los ángeles y la invención del aeroplano. El Ello del hombre es una cosa verdaderamente asombrosa.

Pero mucho más sorprendente aún son los caminos del pensamiento científico. Nosotros hablamos en la medicina a menudo de movimientos asociativos, y la psicología enseña diligentemente esto y lo otro respecto a las asociaciones. Pero cuando Freud y los que con él son y estaban empezaron a tomar verdaderamente en serio las observaciones referentes al campo de la asociación, consiguieron derivarla de la vida instintiva del hombre y demostraron que instinto y asociación son fenómenos primigenios a la base de la vida humana y fundamentos de todo saber y pensar, se levantó un griterío de odio por todos los países, como si de lo que se trataba fuese de derrumbar el edificio de la ciencia, al encontrar sobre qué fundamento estaba construido. Espíritus asustadizos. Los fundamentos de la ciencia son más sólidos que el granito, y sus paredes, espacios y escaleras se reconstruyen automáticamente si acontece que aquí y allá algún trozo de muro, infantilmente construido, se viene abajo.

¿Quiere usted acompañarme en algunas asociaciones? Hoy me topé con una niña que llevaba una caperuza roja. Me miró extrañada, aunque no hostil, creo yo, pero extrañada: pues yo, como hacia frío, llevaba una gorra de piel calada hasta las orejas. Algo me hizo impacto al mirarme así la niña. De repente, me vi a mí mismo como un niño de seis o siete años con un *baschlik*¹ cubriéndome la cabeza. Pensé en seguida en Caperucita Roja y me vino a la cabeza el verso: “Un hombrecito hay en el bosque, que está muy solo”.² De ahí pase al enano y su caperuza, y luego al capuchino, y acabé por darme cuenta que ya llevaba un buen rato andando por la calle de Capuchinos. Las asociaciones, pues, hicieron un movimiento de retroceso sobre sí mismas como una anillo. ¿Por qué lo hicieron y porque se desarrollaron de la forma descrita? Yo tenía que ir por la calle Capuchinos, esto constaba de antemano. A la niña la encontré por casualidad, pero el hecho de que yo le prestase atención y que su presencia provocase en mí toda esta serie de pensamientos, ¿cómo hay que explicarse esto? Cuando salí de casa, unas manos femeninas me calaron la gorra de piel hasta las orejas y unos labios, igualmente femeninos, me dijeron: “Hala, Pat, ahora no vas a tener frío”. Con estas mismas palabras acostumbraba a sujetarme mi madre, muchos años antes, el *baschlik* a la cabeza. La madre me contaba también el cuento de Caperucita, y allí se encontraba ésta, presente con cuerpo y alma delante de mí. A Caperucita Roja la conoce todo el mundo. La cabecita roja mira siempre, cuando orinamos, llena de curiosidad desde su prepucio y, cuando llega la hora del amor, saca la cabeza hacia las flores de la pradera, toma la forma de un hongo, como el hombrecito que está solo en el bosque con la caperuza roja puesta descansando sobre una pierna, y el lobo, a cuyo vientre llega a parar Caperucita, de donde es sacada después de nueve meses, es la encarnación simbólica de infantiles teorías sobre embarazo y nacimiento. Usted se

1.- Baschlik es una capucha de origen turco-tártaro. (N. del T.).

2.- El verso hace referencia a las primeras palabras de una canción popular alemana. (N. del T.)

acordara, sin duda, de haber también creído en estas cosas. Pero de lo que no se acordara, probablemente, es de haber estado profundamente convencida de que todas las personas, también las mujeres, tenían una cosa así con capucha roja, pero que a éstas se les quitó esta cosita y luego tenían que comérselas para que de ellas saliesen niños. Para los que le damos su debida importancia a las asociaciones, esta teoría esta clasificada en la línea del complejo de castración, del cual oirá usted aún muchas cosas. De la caperucita y el hongo se va fácilmente, a través del enano y su capucha, a parar al monje y al capuchino. En ambas ideas late todavía el complejo de castración, pues el ancianísimo enano, de lengua barba, es la apergaminada impotencia de la vejez, y el monje encarna la renuncia involuntaria voluntariamente aceptada. Hasta aquí las cosas están claras, pero ¿cómo me ha venido a mí la idea del complejo de castración? El punto de partida de todo esto, como usted se acordará, fue una escena que me hizo recordar a mi madre, y el final fue la calle de Capuchinos. En esa misma calle de Capuchinos pasé yo muchos años enfermo, aquejado de muerte de una enfermedad de los riñones, y si no me equivoco al examinar mi inconciente, creo que aquella hidropesía nació del fantasma de mis angustias masturbatorias, que, en última instancia, tienen que ver con ciertas emociones que se dirigían hacia mi madre cuando me cogía cuidadosamente con la mano mi enanito de roja capucha y lo sacaba a orinar. Lo supongo, no lo sé. Pero el hongo solitario de roja boina, la venenosa oronja falsa, nos habla de masturbación, y el *baschilik* rojo, de incesto.

¿Se admira usted de los sinuosos caminos que anda mi pasión por interpretar las asociaciones? Esto es solo el comienzo, pues ahora me atrevo ya a afirmar que el cuento se originó del imperativo a asociar y simbolizar, y tenía que originarse, porque el enigma de la cópula, la concepción, el nacimiento y la doncellez atormentaba el alma humana con emociones terribles, hasta que comenzó a darle una forma poética a lo que no comprendía. Es más, me atrevo a afirmar que la canción del hombrecito en el bosque simboliza hasta el detalle el fenómeno de la velloidad puberal y el de la erección a base de asociaciones inconscientes; que la creencia en el enano debió nacer igualmente de las asociaciones bosque, vello puberal, relajación, enano arrugado, y que la vida conventual con la capucha es una consecuencia inconciente de la huida ante el incesto con la madre. Tan lejos soy yo capaz de llegar con mi creencia en las asociaciones y los símbolos, y aun más lejos, si cabe.

¿Puedo ofrecerle aún otro ejemplo de asociación? Es importante porque, de algún modo, nos introduce en los sueños, el lenguaje del Inconciente, el espacio vital del Ello, y nos soluciona más de un enigma a nosotros los médicos. Es un sueño muy corto, el sueño de una sola palabra, la palabra “casa”. La señora que tuvo este sueño pasó de la palabra “casa” a la palabra “comedor”, y de allí a la palabra “cubiertos de mesa”, y de “cubiertos de mesa” a “instrumentos de operación”. Su marido se encontraba ante una difícil operación del hígado. Ella estaba preocupada por él, los cubiertos de mesa no eran de plata, como parecían sino falsos, su matrimonio tampoco era auténtico, pues su marido, el que hora se iba a operar, había sido siempre impotente. Resultó que, también respecto a mí, que le estaba tratando, había sido ella inauténtica y falsa. Me había mentado, era en verdad un cubierto de plata falso.

En todo esto no hay nada extraordinario, a no ser el deseo de deshacerse de su marido y hacerse con uno de auténtica plata en lugar de él. Pero toda la narración con su rápida secuencia de asociaciones arrojaba un resultado curioso. A aquella mujer la atormentaba, desde hacía dos días, un temor muy grande, su corazón latía con una rapidez asombrosa y su vientre se hinchaba de aire. Tardó alrededor de veinte minutos en iniciar las asociaciones con la palabra “casa”. Cuando acabó de hablar, el vientre estaba otra vez normal, el corazón latía con tranquilidad y el miedo había desaparecido.

¿Que conclusiones he de sacar de todo esto? ¿Era el miedo, su aguda neurosis cardiaca, la hinchazón de sus intestinos, de su “comedor”, todo, preocupación por la suerte de su marido enfermo? ¿O, acaso, remordimientos de conciencia por desearle la muerte? ¿Le sobrevinieron estas dolencias por haber reprimido todo y no haberlo dejado llegar a la conciencia, o porque su Ello quería obligarla a que asociase, porque trataba de hacer aflorar un profundo secreto que estaba oculto desde la infancia?. Puede que todo ello obrase conjuntamente, pero, por lo que a mi tratamiento respecta, es decir, para explicar los graves padecimientos que la pusieron en un estado de verdadera lástima, yo creo que lo más importante fue lo ultimo, el esfuerzo del Ello de dar expresión a un secreto de la infancia por el camino de la asociación. Pues un año después volvió sobre aquel sueño y me contó que la falsa plata de los cubiertos si tenia que ver con la impotencia, pero no con la de su marido, sino con la

suya, con su propia esterilidad, tan profundamente sentida, y que el miedo a la operación no tenía por objeto a su marido, sino a su complejo masturbatorio, el cual le parecía a ella ser la causa de su esterilidad, de su enfermedad. Después de esta declaración, la convalecencia siguió un camino rápido y seguro. Hasta el punto en que uno pueda hablar de salud, hay que decir que está mujer está sana.

Hasta aquí lo que respecta a las asociaciones.

Aun cuando, después de todo lo que he dicho, le llame todavía la atención sobre el derecho que comparto con todos los mortales de expresarme de una manera no tan clara como a veces quisiéramos; sin embargo, creo que se habrá hecho una idea de los graves obstáculos que se oponen a hablar del Ello, el único camino para llegar a un entendimiento me ha parecido que consistía en saltar *in medias res*.

Ya que estoy ocupado en tareas de definir, voy a tratar de aclararle en seguida la palabra “transferencia”, que, a lo largo de mis exposiciones, ha aparecido ya mas de una vez.

Usted se acordará que le he hablado ya del influjo que ha ejercido mi padre sobre mí, de cómo yo, conciente e inconcientemente, lo imitaba. Para que se llegue a imitar es necesario que exista un interés por aquello que se imita, por aquel a quien se imita. Por lo que a mi respecta, existía, en efecto, un interés muy fuerte por mi padre, y hasta el día de hoy sigue en mi una innegable admiración, característica por el calor con que la vivo. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años. Pero la tendencia a admirar apasionadamente permaneció en mi, y como, por mil razones, de las que podemos hablar, mis aptitudes en lo que al culto de los muertos respecta son más bien pequeñas, proyecté esa pasión admiradora, libre ahora, sobre el nuevo jefe de la familia, sobre mi hermano mayor, la trasferí a él. Pues a esto se le llama transferencia. Pero al parecer su personalidad no era suficiente para lo que mi joven alma exigía, pues pocos años después, sin que disminuyese la devoción a mi hermano, creció en mí una devoción igualmente intensiva por mi maestro en la medicina, Schweninger. Una parte de los afectos que habían pertenecido a mi padre quedaron libres y a mi disposición en aquellos años y yo los transferí a Schweninger. El hecho de que estaban a mi disposición lo deduzco de que, en el tiempo que transcurrió desde la muerte de mi padre hasta que conocía Schweninger, entré en una relación de admiración tal con muchos hombres, pero sin que esta perdurase, y, además, había épocas de pausa en las que estos, mis afectos, estaban, al parecer, sin objeto, o bien se dirigían a hombres de la historia, a libros, obras de arte, en pocas palabras, a todo lo posible.

No sé si está ya clara para usted la gran importancia que tiene el concepto de transferencia dentro de mis concepciones. Por eso, me voy a permitir ocuparme, una vez más, de la cosa empezando por el otro extremo. No olvide usted que estoy hablando del Ello, que, por consiguiente, no todo está tan definido y claro como parecen insinuarlo las palabras, que se trata de cosas que se mezclan y confunden mutuamente, a las que solo se puede separar de una manera artificial. Nos imaginamos líneas que dividen la superficie del globo terrestre longitudinal y transversalmente. Pero a la superficie en cuanto tal, esto poco le importa; puede ser que se diga que al Este de los sesenta grados longitud hay agua, pero también hay alguna al Oeste. No son más que instrumentos de orientación. Y por lo que al interior de la tierra respecta, estas líneas son solo utilizables de una manera limitada con fines exploratorios.

Sin dejar de tener en cuenta estas reservas, quisiera, además, decir que el hombre posee un determinado potencial afectivo, sin que hayamos de detenernos ahora a considerar si se trata de simpatías o aversiones. Tampoco sé si este potencial es siempre igualmente grande. Esto no lo sabe nadie y, posiblemente, nadie llegará a saberlo. Pero basado en la autoridad que me confiere el hecho de ser yo el autor de estas cartas, propongo que se considere el potencial afectivo existente y a disposición del hombre como invariablemente igual. ¿Qué es lo que hace el hombre con él?

No existe la menor duda de que la mayor parte de esta masa de sentimientos, prácticamente casi toda, la invierte en sí mismo; una parte mucho más pequeña en comparación, pero con una importancia muy grande en la vida, puede ser orientada hacia el exterior. Este exterior es, a su vez, harto variado: tenemos personas, objetos, lugares, datos, costumbres, fantasías, actividades de toda especie; en pocas palabras, todo lo que pertenece a la vida puede ser utilizado por el hombre para hacerlo objetos de sus sentimientos; es decir, que el propiamente no tiene la posibilidad de cambiar los objetos de sus sentimientos, sino que su Ello le obliga a cambiarlos. Pero ofrece la apariencia de cómo si él, su Yo, lo hiciese. Tome usted por ejemplo, a un lactante:

es muy probable que sienta inclinación por la leche. Después de algunos años la leche le resulta ya indiferente o, tal vez, desagradable; prefiere caldo, o café, o puré de arroz, o lo que sea. Pero ni siquiera necesitamos tomar espacios de tiempo tan largos; ahora mismo, por ejemplo, tiene ganas de beber, dos minutos más tarde está cansado, quiere dormir o jugar, o dar gritos y chillidos. Le retira su favor a un objeto, la leche, y se lo dedica a otro, el sueño. En él se repiten siempre de nuevo una serie de afectos y él encuentra gusto en ellos y trata de procurarse la fruición de éste o aquel sentimiento siempre de nuevo. Algunas de sus inclinaciones son para él necesidades vitales que lo acompañan durante toda su vida. Entre ellas está, por ejemplo, el amor a la cama, a la luz o a lo que a usted se le ocurra. Ahora bien, de entre todos los seres vivientes que rodean al niño hay al menos uno que requiere, de manera suprema, sus sentimientos, y éste es la madre. Si, se puede afirmar con bastante razón que esta inclinación hacia la madre –que siempre, por lo demás, condiciona a su opuesto, a la aversión- permanece de una manera análogamente invariable a la que él siente por sí mismo. En todo caso es, sin lugar a duda, la primera, pues se forma ya en el seno materno. O acaso pertenece usted también a esa rara especie de personas que opinan que los niños, antes de nacer, carecen de sentimientos? Espero que no.

Así, pues, sobre este solo ser, sobre la madre, amontona el niño, al menos por un tiempo, tantos sentimientos que todos los demás hombres no entran ni siquiera en consideración. Pero esta inclinación, como todas las simpatías, y aun más que otra cualquiera está preñada de desengaños. Como usted sabe, los sentimientos ven las cosas y los hombres de una manera diferente a como ellos en realidad son, se hacen una imagen del objeto de sus simpatías y aman a esa imagen, no propiamente al objeto. Una tal imagen se hace también el niño alguna vez de su madre; quizá, y hasta probablemente, se hace incluso diferentes imágenes de este estilo. Pero en aras de la sencillez, vamos a quedarnos con una sola imagen y a esta, como es ya costumbre, vamos a llamarla la imagen materna. Tras esta imagen materna corre la vida sentimental del hombre mientras está en la tierra. Y la atracción es tan fuerte que, por ejemplo, la nostalgia del sueño, la nostalgia de la muerte, del reposo, de la protección, pueden concebirse muy bien como nostalgia de la imagen materna, cosa a la que habré de sacarle partido en mis cartas. Esta imagen de la madre posee rasgos comunes; así, por ejemplo, estos que ahora mismo acabo de nombrar. Junto a ellos hay también propiedades típicamente individuales que únicamente corresponden a una imagen determinada vivida por un determinado y concreto individuo. Así, por ejemplo, esta imagen posee cabellos rubios, lleva el nombre de Ana, tiene una nariz colorada o un lunar en el brazo derecho, ostenta unos pechos llenos y huele de una determinada manera, va un poco inclinada o tiene la costumbre de estornudar fuerte, etcétera. Para este ser imaginado, hijo de la fantasía, reserva el Ello determinados valores sentimentales, los tiene a su disposición. Ahora imagínese usted que un día este hombre –o esta mujer, pues ello es indiferente- encuentra a una persona que se llama Ana, que es rubia y llenita, que estornuda fuerte. ¿No se da aquí la posibilidad de que esa inclinación adormecida hacia la imagen materna reciba una profunda sacudida? Y si las circunstancias son favorables –ya nos entenderemos usted y yo al respecto-, lo que pasa es que ese hombre recoge todo lo que tiene de sentimiento hacia la imagen materna y lo transfiere a esa tal Ana. Su Ello le obliga a hacerlo, le obliga a transferir.

¿Ha comprendido usted lo que yo entiendo por transferencia? No deje de preguntar en caso de que nos sea así. Pues en caso de que no me haya expresado con claridad, todo lo que vaya a decir en adelante es inútil. Usted debe hacerse con el significado de la transferencia, si no es imposible seguir hablando del Ello.

Sea usted buena y conteste esta pregunta a su fiel y s.s.,

Patrik Troll

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 23-ex-49